

REBELDIA

Antes de morir, el padr  de Alberto, lo llam  a su lado y le dijo:

—Portate bien... Trat  de ayudar a tu madre... Aprend  un oficio; no seas un peón, como yo...  La mecánica, Alberto, la mecánica! El hombre que no tiene un oficio est  perdido...

Al poco tiempo, Alberto entr  en un taller mecánico. Ahora, aunque habian pasado seis meses, continuaba tan absorto como el primer día que entr . No aclinaba a acostumbrarse a su nueva situación. El cambio había sido demasiado brusco. Había trocado los juguetes infantiles, como quien dice, por las pesadas herramientas del trabajo. Y, mientras raspaba o acepillaba centenares de piezas, cuyo destino y objeto desconocía, Alberto reflexionaba y se abstra a. A veces esta abstracción era tan evidente, que algún compañero lo despabilaba con un grito:

— Eh!  Dormil n!  Movete, marmota!

Otras era el capataz, quien lo advertía con un empujón:

— Qu  est s haciendo, vos?  Eh?... Aquí se viene a trabajar y no a dormir...  Vamos!  Vamos!

En vano un viejito tornero-ajustador se esforzaba en darle consejos. Alberto lo escuchaba perplejo, pero no entendía nada.

—Aprend  que te va a hacer falta; — le decía el viejo — aprovech  el tiempo... Decime:  vos sabés cuánto pesa una columna de mercurio, de una altura dada, sobre su base?  Eh?  Conoc s la temperatura necesaria para fundir el hierro?...  Y hacer el c culo de un engranaje? Estoy seguro de que no. Vos no sabés nada  nada! muchacho...  Qu  mecánico vas a ser entonces?

A los ojos de Alberto aquel obrero, avejentado por el hábito del taller, tomaba una expresión de superioridad indefinida. Advertía tras sus palabras un continuo y afanoso bregar para el cual él se sentía débil e impotente. Pero había prometido a su madre que trabajaría y seguía trabajando. Los centavos que le llevaba eran un alivio a su duro tra n de lavandera.  Estaba tan vieja y achacosa! El debía ayudarle; hacerse un hombre útil. Lo había prometido.  Ah, la mecánica!

— La mecánica, Alberto!

Un fragor infernal sacudía aquel b rrac n desde la mañana hasta la noche. En lo alto, sobre su cabeza, giraban las poleas con furia vertiginosa, mareante. Las máquinas con chirridos estridentes y repercusivos cortaban y retorcan el hierro al rojo entre sus dientes de acero, con feroz tenacidad. Los tornos ululaban aguda e interminablemente como bestias en celo, llenando los ámbitos del taller.

A cada repiqueteo estruendoso de los machucadores, Alberto sentía como si un estilete penetrase en su cerebro. Momentos había en los cuales, instintivamente, tap base los oídos o apretaba los dientes y agachaba la cabeza, cual si esperase recibir sobre ella el mazazo definitivo.

Por las ahumadas claraboyas, a través de las retorcidas tuberías y las correas trepidantes, resbalaba, como con asco, la luz del día, pugnando por abrirse paso a través del ambiente carbonoso. Un humo espeso y asfixiante lo invadía todo. Los ojos de Alberto lagrimeaban constantemente. El humo y la grasa era lo que más le molestaba. Estaban cubiertas sus manos de hollín y su traje revestido por una costra viscosa que se le pagaba a la piel. Continuamente chapoteaba sobre lamparones de aceite que le daban náuseas.

Al oscurecer aquel antro torn base una visión dantesca. Entre la balumba general las máquinas abultaban sus disformes sombras, que crecían y se alargaban. Parecían sumarse las unas a las otras en un mutuo acuerdo de destrucción.

Las pocas luces, débiles y amarillentas apenas simulaban fuegos f tuos, enredados entre las cabrias del techo. Las fraguas y los hornos abrían sus bocazas insaciables, y sobre las bigornias, o bajo los martinetes, se fracturaban sus bocados de fuego en miriadas de centellas. La luz vívida del hierro al rojo quemaba los párpados y encandilaba la vista.

El calor era insoportable. Los obreros parecían sombras. Cubiertos de sudor y hollín, quebrados en ángulos imposibles, retorcidos en contorsiones macabras, agitados por temblores convulsos, al compás de las máquinas, manipulaban constantemente el hierro candente que les abrasaba las entrañas.

A medida que avanzaba la jornada Alberto se sentía más abatido. La posición forzada durante horas en el mismo sitio le acalambraba las piernas y los brazos. Sentía un dolor agudo en las espaldas como si entre el lomo y el pecho le oprimiese un torniquete. La tensión demasiado continuada de sus débiles músculos acababa por ceder bajo la trepidación de la "remachadora". Entonces, sin quererlo, se le escapaba de entre las manos el "aguantador".

El "maestro" lo increpaba duramente:

— Aguant , idiota!...  Qu  com s que no tenés fuerza para tener un fierro?

Cuando este hecho se repetía más de tres veces, el "maestro" reforzaba la orden con un puñetazo.

Alberto, a duras penas reprimía un gesto de protesta. Un solo deseo sentía: que tocase el pito, que cesase la faena para correr a su casa, cerrar los ojos, taparse los oídos y dormir, dormir para siempre. Al llegar a su casa la madre lo acogía con ternura:

— Est s muy cansado, hijito?  Por qué no com s? Tom ; este poquito solo... Hacelo por tu madre, Alberto; com ...  Est s tan flaco!...  Por qué querés hacerme sufrir?

Mientras trataba de comer, apenas lograba disimular sus lágrimas. En seguida dorm ase, con pesadillas. So aba con el taller: volvía a repetir su trabajo con doble fatiga y sufrimiento.

Al clarear el día, no obstante su cansancio, saltaba de la cama al primer llamado de su madre. Una vez en la calle intentaba aspirar el aire a plenos pulmones. El arrabal inundado de sol parecía acogerlo como a un viejo amigo. Los gorriones piaban persiguiéndose en bandadas. Del cielo bajaba una gran dicha. En cada recodo del camino algún episodio de sus años primeros le salía al paso con su recuerdo. Y Alberto se tornaba absurdamente optimista. Suponía que bien pudiera estar cerrado el taller... Tal vez, por la noche, el fuego lo hubiera destruido... Todo era probable dentro de la lógica de su deseo.

Pero al enfrentar la amplia avenida sentía achic rsele el corazón y aminoraba el paso. Las chimeneas, atisb ndolo desde lejos, lo saludaban con el sarcasmo de sus negros penachos.

* *

*

La huelga había fracasado. Los obreros del banco fueron los primeros en volver al trabajo.

— Qu  ganamos con estos bochinches? — peroraba el viejito ajustador.  El patrón ha prometido darnos el aumento si volvemos,  entonces?  Qu  quieren, entonces?  Que ellos vengan en nuestro lugar y nosotros al suyo?  Eso no puede ser! Quien manda... manda.

Tras él entr  la mayoría. Acompañado por su madre, Alberto volvió también. A su despecho fué incorporado a la rueda de los fracasados.

El taller le pareció más sombrío, después de la derrota. Las máquinas masticaban el hierro con más ahínco que nunca. Hubi rase dicho que en aquella corta tregua habían hecho acopio de bríos destructores. No pasaba día sin que saliese algún obrero lastimado. El afán de producir parecía exaltar a todos, ahora, más que antes.